

FRANCISCO AYALA DE MIS PASOS EN LA TIERRA

EXPOSICIÓN

Organiza JUNTA DE ANDALUCÍA, Consejería de Cultura

Comisario Luis García Montero

Proyecto Centro Andaluz de las Letras

Coordinador José Martín de Vayas

Diseño Juan Vida

Documentalista: María José Berrocal

Producción Christian Matías Walter, *Granada*

Impresión digital La Trama Digital, Granada CATÁLOGO

Edita JUNTA DE ANDALUCÍA, Consejería de Cultura

Luis García Montero

Coordinador José Martín de Vayas

Diseño Juan Vida

Editor

Fotografía
Fundación Francisco Ayala
A. Bacharch
E. Hirisch
Cáliz
J. Cesar
Á. Lorenzo
F. Fernández
G. Pascual

Lumifot Ch. Valenzuela J. Torres J. Marín M. de la Cruz J. R. Ladra L. Rivas EFE FRANCISCOAYALA EL ESCRITOR EN SU SIGLO

Con la colaboración de la Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales del Ministerio de Cultura



© de la edición: JUNTA DE ANDALUCÍA, Consejería de Cultura. © de los artículos: Luis García Montero, Manuel Ángel Vázquez Medel, Andrés Soria Olmedo, Antonio Sánchez Trigueros, Julio Iglesias de Ussel, Antonio Chicharro, José Manuel Caballero Bonald, Rafael Conte, Rafael Juárez.

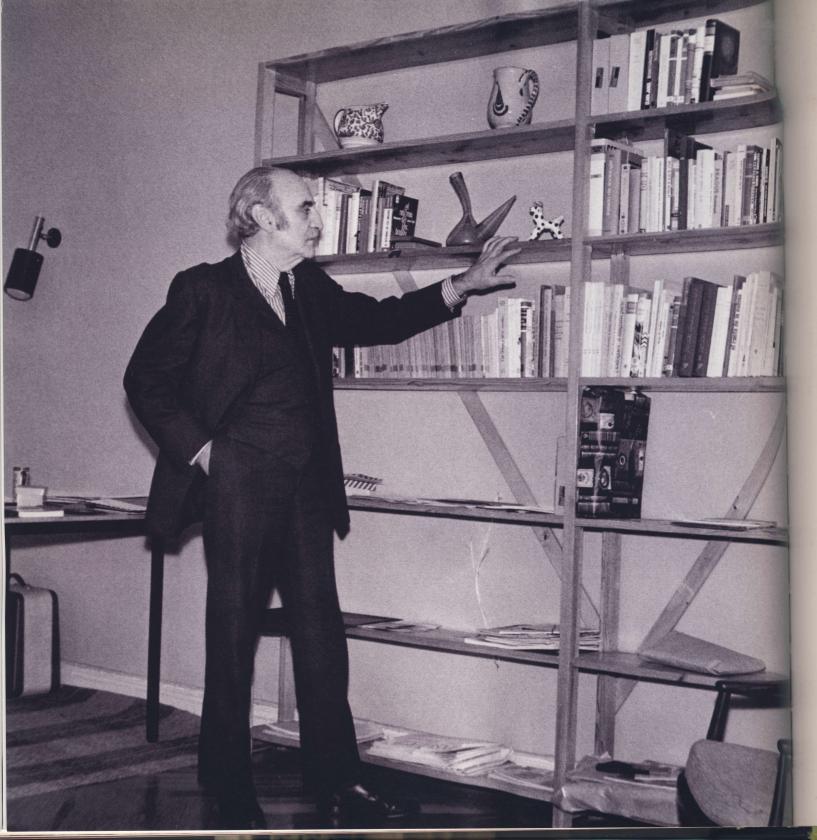
I.S.B.N.: 84-8266-590-1 Depósito Legal: MA-668-2006 Imprime: Imprenta Montes. Málaga.





Índice

Presentación	
Rosa Torres	9
Francisco Ayala	
Luis García Montero	11
Francisco Ayala y Andalucía	
Manuel Ángel Vázquez Medel	179
Francisco Ayala y la Generación del Veintisiete	
Andrés Soria Olmedo	193
Tragicomedia de las delicias: las ficciones narrativas	
de Francisco Ayala	
Antonio Sánchez Trigueros	219
Francisco Ayala, observador lúcido de la realidad	
Julio Iglesias de Ussel	237
De palabras como plumas	
Antonio Chicharro	245
Ayala, Vanguardista	
José Manuel Caballero Bonald	265
El siglo de Francisco Ayala	260
Rafael Conte	269
Días de Ayala	
Rafael Juárez	275
J	-1/



De palabras como plumas (una aproximación a la teoría y crítica literaria de Francisco Ayala)

ANTONIO CHICHARRO Universidad de Granada

1

Con el título de *Las plumas del fénix*, Francisco Ayala ofrecía a sus lectores en 1989 una suma de sus estudios literarios, en la que recogía su más importante obra crítica, a la que siguió en 1990 otra titulada El escritor en su siglo, volumen que ofrece lo más granado de su teoría literaria, además de algunos estudios sociales. Previamente, en 1972, la editorial Aguilar, que por razones de censura se vio obligada a publicar las Obras narrativas completas en su casa de México en 1969, había puesto al alcance de los lectores españoles desde su sede de Madrid tanto sus diversos ensayos y otros estudios sociales como sus estudios literarios —de ahí el subtítulo del libro— en Los ensayos. Teoría y crítica literaria, con prólogo de Helio Carpintero, un obvio signo más de la paulatina incorporación de nuestro escritor a la efectiva vida cultural española tras los largos años de exilio en los que todavía, y ya por poco tiempo, se encontraba. En estas publicaciones, además de en otras anteriores y posteriores que oportunamente nombraré, se hallan, pues, recogidos en su mayor parte los plurales y poliédricos frutos de sus estudios literarios, esto es, las palabras teóricas construidas a partir de su experiencia del fenómeno literario y las plumas críticas arrancadas al ave fénix de las obras literarias. De ahí el título con que encabezo esta colaboración mía con la feliz ocasión de la celebración en vida del centenario del nacimiento de nuestro escritor y andaluz universal.



Las plumas del fénix, 1989.

Comenzaré mi aproximación a esta sustantiva faceta de su obra —desde luego insoslayable no sólo por aportar su humano saber de la literatura en general, de la novela muy particularmente, y de numerosas obras, formas de escritura como las del perfil realista, periodos y autores literarios, sino también por suministrar claves de comprensión y lectura de su
propio universo creador, tal como pusieron de manifiesto las actas Francisco Ayala, teórico y
crítico literario que Antonio Sánchez Trigueros y yo editamos en 1992— comenzaré mi aproximación, digo, con la aclaración de las razones que podrían haber llevado a Francisco Ayala a
titular ese nutrido conjunto de estudios sobre literatura española de tan insólita y llamativa
manera, Las plumas del fénix, como un modo de introducirnos ya en lo que pueda ser su
concepto de obra literaria y en la significación que, según considera, viene a cumplir este
discurso segundo.

Pues bien, en *El tiempo y yo o El mundo a la espalda*, un libro que avanza en ese proceso de interiorización de su escritura observado en los últimos tiempos y en el que Ayala reflexiona tanto sobre el quehacer literario y la figura del escritor como sobre aspectos de su vida y lecturas, un libro a la postre esclarecedor para comprender su posición acerca de las relaciones entre la experiencia vivida y la invención literaria, expone nuestro autor en uno de los textos que lo nutren la distinción en literatura entre lo que es ficción artísticamente orientada y lo que es relato fidedigno de hechos realmente ocurridos, si bien Ayala piensa que, en lo fundamental, toda obra literaria es autobiográfica si se entiende que la biografía de un escritor consiste en sus escritos, pues éstos «se nutren de la sustancia de la vida» (Ayala, 1987). Ahora bien, aclara el autor,

en lo sustancial la vida humana no está reducida a los acontecimientos en que cada individuo, y en su caso el escritor, pueda haberse visto implicado [...]. A la vida humana pertenecen, no menos sustancialmente, los impulsos biológicos y psíquicos de cada cual, los patrones culturales asumidos, las tradiciones recibidas, su educación artística y literaria, y luego sus peculiares aspiraciones, propósitos, deseos, frustraciones y logros, sueños y ensoñaciones, fantasías, ilusiones y desengaños, y por supuesto, las ideas en que su visión de la realidad se articula y que le permiten expresar de manera consciente, articulada, el modo de su instalación en el mundo [...]. De cuáles sean los elementos que, como idóneos, haya seleccionado [de este complejo arsenal] para una determinada estructura poética dependerá el grado y nivel en que ésta pueda ser considerada biográfica (Ayala, 1987: págs. 144-145).

En esta medida y en cuanto obra literaria, «Dulces recuerdos», de 1987, por ejemplo, es un relato autobiográfico, aunque lo en él contado sea resultado de su invención y por lo tanto no pueda aplicarse al relato de la biografía de nuestro centenario escritor, tal como he tenido ocasión de explicar en mi edición de Las vueltas del mundo donde incluí el citado cuento. Si, como en efecto ocurrió, algunos lectores lo leyeron en clave biográfica paralela a la de sus memorias Recuerdos y olvidos y no en clave de ficción, pudo ser consecuencia, según Francisco Ayala, de haber sabido embaucar a los lectores mediante la aplicación de los recursos aristotélicos de la μίμησις, entendida ésta como «imitación de la naturaleza» y

persuadiendo su limpia evidencia de una realidad superior, más perfecta, ideal en suma. Por eso la creación artística pide verosimilitud, condición que no puede exigirse en cambio a la cruda realidad de la vida práctica, que tantas veces resulta inverosímil, pese a su factualidad incontestable. La obra de arte lograda hace creer al espectador que esa ágil liebre —cuando no ave fénix o unicornio- sacada del sombrero por la magia del prestidigitador sigue siendo el mismo animal, perezoso y desabrido felino doméstico o insípida paloma, que él había metido antes (Ayala, 1987: págs. 143-144).

Queda claro, pues, en qué sentido las obras literarias pueden ser esa ave fabulosa que los antiguos creyeron que era única y renacía de sus cenizas y de la que se ocupa Ayala precisamente, «El ave fénix», en ese mismo libro (Ayala, 1992: págs. 262-263). Queda así aclarado en su medida el título de tan importante libro de estudios literarios, Las plumas del fénix, que guarda los textos críticos o las plumas de esas obras literarias españolas que llamaron su atención de experto lector y que ofrece a sus lectores para que mediante las mismas reconozcan de algún modo el ave fabulosa, al tiempo que embaucadora, de la literatura que las suministra; un libro, por cierto, que mereció los elogios de Fernando Lázaro nada más salir y del que destacó, por su valor, la pieza de meditación que supone el prólogo, además de la lección general que supone el ejercicio crítico en él desarrollado, un ejercicio en absoluto diletante, informado, profundo, sereno a la vez que no exento de pasión, de palabra exacta y juicios razonados que apuesta por una crítica de valores (Lázaro, 1990: págs. 6-7).



El tiempo y yo, o El mundo a la espalda, 1992.

El lector de la obra de Ayala sabe de su riqueza y pluralidad, pues ésta se nutre de novelas, relatos y cuentos, muy diversos estudios literarios y sociológicos, tratados de sociología y derecho, trabajos sobre el cine y medios audiovisuales, estudios y artículos políticos y sobre política, textos sobre los mil y un aspectos de lo real, meditados frutos en definitiva de ese «vivir para ver», lema que resumiría su existencia, como tantas veces se ha dicho. Y sabe también el lector —además de conocer la clasificación que su autor hace de la misma en aquélla que se orienta a interpretar el curso de la historia y la que plasma artísticamente sus intuiciones acerca de lo que pueda ser la realidad esencial (Ayala, 1990: págs. 11-12), en el sentido de la filosofía de Shopenhauer (vid. Murcia, 2004, entre otros)— de la preferencia de nuestro sabio intelectual centenario por su obra de creación, aunque ésta y el resto de su vasta producción intelectual no sólo posean en común la riqueza de una prosa de calidad, de riquísimo léxico y aguda precisión significativa, entre otros aspectos que podría destacar, sino que también obedezcan a un inicial deseo de comprender y hacer comprender lo que ve, el mundo en que se halla inserto, lo que ha dado pie a una interpretación de la misma en lo que tiene de fragmentada unidad (Richmond, 1995), o ha servido para explicarla incluso más allá de su autonomía discursiva (Vázquez Medel, 1992) cuando no en los obvios aspectos que fundamentan su cosmovisión (Vázquez Medel, 1998). De todos modos, insisto, nuestro escritor dejaba escrita en el conocido y citado prólogo de Las plumas del fénix, con objeto de despejar cualquier asomo de duda al respecto, su preferencia por la creación de relatos imaginarios por, entre otras razones, la proyección a más larga vida de los mismos:

Quienes hayan tenido la curiosidad de seguir, más o menos de cerca, los pasos de lo que pudiera llamarse mi carrera literaria [...] saben que —en medio de la publicación de escritos muy diversos— mi vocación y principal empeño han estado dirigidos siempre hacia la prosa narrativa. El cultivo de relatos imaginarios me ha procurado la mayor satisfacción, y en este género creo haber producido obras dotadas de alguna perennidad (Ayala, 1989: pág. i).

No obstante, esa preferencia no significa desconsideración del resto de su larga y ancha labor intelectual, disciplinar y ensayística, ni de la de teoría y crítica literarias en particular. En cualquier caso, lo que Ayala hace es situar a esta última en el lugar que realmente ocupa, un lugar secundario con respecto al lenguaje primero de la literatura, al tiempo que le reconoce su expresa función mediadora entre textos y lectores, una función necesariamente instrumental, tal como razona en «Crítica literaria y promoción», función por cierto subvertida de algún modo hoy en día dado el desarrollo de la tecnología, el crecimiento de las empresas publicitarias y el lugar que ocupa la industria cultural en la estructura económica (Ayala, 1992: pág. 123).

A ello se emplea, pues, en sus palabras liminares llenas de tan inteligente modestia como clara conciencia de su ubicación en su vertiente de estudioso de la literatura al saberse lejos de principios disciplinares —su formación universitaria como alumno de letras no discurrió por el camino de la Filología, sino por el del estudio del Derecho— y muy cercano de su propia y directa experiencia de creador y lector. Esto explica que le hayan preocupado siempre «las peculiaridades, recursos, dificultades y felicidades del ejercicio novelístico» (Ayala, 1989: pág. i), lo que se vio favorecido por la necesidad de dedicarse durante buena parte de los años de su exilio a la enseñanza de la literatura en diferentes universidades americanas, especialmente de Estados Unidos, lo que acabaría coincidiendo además con un periodo de espectacular desarrollo de los estudios literarios y, según expone no sin fundamento, en una hipertrofia logomáquica de los mismos, razón por la que se vio obligado de algún modo a emprender su crítica, esto es, una crítica de lo estudios propiamente literaturológicos, en su ponencia «La disputa de las escuelas críticas» (Ayala, 1976), de cuyo pormenorizado estudio y oportuna crítica me ocupé en su día (Chicharro, 1992: págs. 253-264), y que ahora recuerda en su prólogo para señalar de nuevo cómo se estaba perdiendo la originaria misión mediadora de la crítica, al haberse entregado ésta a verdaderas logomaquias dirigidas no al público lector sino a especialistas. Y más adelante, interpreta la existencia de estas escuelas en disputa como un fenómeno de significación profunda al revelar el bizantinismo de nuestro tiempo —no se olvide que ya en el capítulo quinto de su *Tratado de sociología*, de 1947, y a propósito del arte y de la crisis social, había planteado tanto el ensanchamiento de sus posibilidades como el descenso de su calidad y el paralelo aumento de la actividad programática y el de su conocimiento (la cursiva es mía, A. Ch.)—, sin que tal afirmación le lleve ignorar lo que este desarrollo teórico supone de positiva aportación de nuevas maneras de conocer mejor el hecho literario y de llegar a un tratamiento más serio de la operación crítica, en lo que insiste en «Crítica literaria y promoción». Él, en cualquier caso, ha partido en su actividad crítica de un puesto ajeno a cualquier disciplina formal: Francisco Ayala ha partido, como queda dicho, de su propia experiencia de novelista, obviamente alimentada por la de muy experto lector. Y desde la misma intenta averiguar el proceso creador que condujo a un autor a edificar la estructura verbal de su obra en su intención de alcanzar un objetivo de valor estético, tal como escribe:

En consecuencia, me he colocado ante los textos en actitud de averiguar el proceso creador que en cada caso condujo a su autor a edificar la estructura verbal en que ellos consisten, estructura definitiva e intocable ya, pero a la que ese autor, en su intención de alcanzar un objetivo de valor estético, ha debido llegar a través de medios históricamente dados cuya utilización implica una aventura llena de hallazgos felices y también de tropiezos. Quiero decir que me he empeñado en figurarme la obra *in status nascendi*, repristinándola en mi imaginación para tratar de capturar su sentido y alcance (Ayala, 1898: pág. iv).



Tomo III del *Tratado de sociología* de Francisco Ayala, 1944.

4

Ahora bien, cabe preguntarse a pesar de su afirmación anterior, ¿qué aporta el fondo formal de la sociología, que Ayala conoce muy bien, tal como pone de manifiesto su imprescindible *Tratado de sociología*, a sus estudios literarios? Antes de ofrecer una respuesta, debo aclarar que no hago extensiva mi pregunta a lo que pueda aportar el conocimiento que posee nuestro escritor de la disciplina sociológica a su obra de invención literaria, que es mucho y profundo, insisto, por haber sido ésta una cuestión abordada por él (Ayala, 1947, 1968) y resuelta en sus aspectos generales por no pocos de los estudiosos de la misma (Irizarry, 1971; Carpintero, 1972; Senabre, 1992; Vázquez Medel, 1995, entre otros). Recordemos a este respecto unas expresivas palabras suyas expuestas en las primeras páginas de su famoso tratado:

existen conexiones íntimas entre mis diversas dedicaciones literarias, y que mis escritos de pura invención están ligados, y no por cierto de manera oculta o subterránea, con mis estudios de tipo escolástico, de modo que, lejos de haber abandonado la sociología, ella se encuentra presente en la base de todos mis escritos, aunque pudorosamente se disimule, y renuncie en todo caso a los revestimientos externos, para no decir al atuendo pedantesco con que suelen proteger su «especialidad» las diferentes ciencias (Ayala, 1961²: págs. XI-XII).

Pues bien, reconocidas las implicaciones de la vía sociológica en su obra de ficción y, ha de subrayarse, la especificidad de ésta con respecto a la sociología al suscitar la experiencia moral que rehúye dicha disciplina, cabe responder que nuestro escritor ha practicado formas de lectura, sobre todo de la novela, que no tantas veces como podría pensarse se han sustentado en efecto en una perspectiva sociológica, lo que ha permitido poder hablar en su caso de una preferente vía de lectura de estirpe hermenéutico-fenomenológica, tal como lo hiciera Villanueva (1992) y más recientemente David Viñas en su extenso estudio (Viñas, 2003), además de Francisco Linares (2004).

En todo caso, si bien el mismo Ayala se reafirma en el protagonismo de su experiencia lectora de hombre de letras a la hora de abordar explicaciones generales y particulares del fenómeno literario, experiencia de la que deriva la realidad de la literatura, según la fenomenología, lo que justificaría tales explicaciones de los estudiosos de la teoría de la literatura, al tiempo que el título del presente trabajo, no es menos cierto tampoco que el escritor granadino, que prima esta vía de conocimiento *humano* para abordar lo que resulta esencial en el arte —lo esencial del arte que queda fuera de explicación sociológica, según Ayala, es la orientación hacia el valor de la belleza—, sostiene que anterior a la conciencia del *yo* es la conciencia del *nosotros*, esto es,

del grupo dentro del cual brota la vida y comienza a desplegarse en una dirección humana. La individualidad se configura y acusa en el juego de la correlación social originaria [...]. Así, el conocimiento de la realidad social es, desde un comienzo, conocimiento vital, adquirido en el juego de las relaciones activas del individuo con el grupo mediante el proceso de su autoafirmación frente a éste y de su influencia reactiva sobre él (Ayala, 1961²: pág. 12).

Parece quedar claro, tras este breve razonamiento, lo que para Ayala tiene la sociología de conquista y de límite, así como la calidad de su conocimiento a la hora de explicar incluso la formación del *yo* que, por cierto, tan alto protagonismo alcanza en la vía fenomenológica de aproximación la literatura.

Si no perdemos de vista este aspecto de explicación sociológica de la formación de la individualidad, al tiempo que tomamos en cuenta los radicales límites que le atribuye a la sociología a la hora de explicar las obras en su dimensión estética, podremos comprender la lógica interna del proceso que mantiene en su disección crítica de textos y en sus reflexiones de índole general, de base hermenéutico-fenomenológica, así como podremos pertrecharnos de criterios para establecer una distinción en el seno de sus estudios literarios entre los que persiguen, como leíamos en la cita, «averiguar el proceso creador que en cada caso condujo a su autor a edificar la estructura verbal en que ellos consisten, estructura definitiva e intocable ya, pero a la que ese autor, en su intención de alcanzar un objetivo de valor estético, ha debido llegar a través de medios históricamente dados cuya utilización implica una aventura llena de hallazgos felices y también de tropiezos», que son los más, y los que se fundamentan en una perspectiva sociológica, más escasos.

No extraña que en «Lectura ingenua y disección crítica del texto literario: la novela» (Ayala, 1983), breve trabajo de meridiano título que suministra pautas de lectura para superar las simples aproximaciones contenidistas a los textos novelísticos, insista en la radical

limitación de la sociología para penetrar en las obras literarias fuera de lo que no sea la explicación de las mismas como productos históricos-culturales:

Por supuesto que una consideración sociológica puede aplicarse con fruto a toda clase de novelas, con vistas a explicar su ser y sentido como productos históricos-culturales; pero si este enfoque basta y sobra para dar cuenta cabal de las novelas policiales, de las novelas rosa o de las pornográficas, e incluso de los movimientos literarios mayores (romanticismo, naturalismo, modernismo, vanguardia...), no será suficiente en cambio cuando se aplica al análisis de obras como *La regenta*, de Leopoldo Alas, *Tirano Banderas*, de Valle-Inclán o *El Aleph*, de Borges. Lo esencial de estas obras se escapa de semejantes modos de abordaje, y sólo se dejaría capturar en vías de una apreciación crítico-literaria, para lo que, eso sí, sirve de ayuda cualquier esclarecimiento circunstancial obtenido desde otras perspectivas. (Ayala, 1983: págs. 7-8).

De cualquier manera, podemos colegir que en Francisco Ayala coexisten —y forman parte de esa suerte de fragmentada unidad a la que nos referíamos— su formación y concepción sociológica con el empleo de esa vía hermenéutico-fenomenológica de aproximación teórica y crítica al fenómeno literario en su indagación estética. Por eso, no debe extrañarnos que disponga tanto de una fundada reflexión general sobre el arte como forma social, expuesta en el capítulo quinto de su Tratado de sociología —con cierto valor autónomo con respecto al resto del estudio, me atrevo a decir— para demostrar la diferenciación entre los sistemas de la civilización y los sistemas de la cultura que se encuentran penetrados por el movimiento histórico e inmersos en la tensión entre la categoría sociológica de comunidad y la de sociedad. De ahí que, para servir a su ejemplificación —y, como digo, para algo más— teorice sobre el arte como hecho de cultura inserto en los cuadros de la concreta organización social, involucrado en su dinámica y conectado a los destinos históricos del hombre; proceda a determinar lo que se presta a ser captado por la sociología en la realidad cultural del arte que, según piensa, no es sino un complejo cultural mediante el que se estructura históricamente la actividad orientada por el valor belleza; dé paso al estudio del arte en la sociedad histórica y, más concretamente, al estudio de cómo se refleja en el arte la tensión político-social, sin olvidar el análisis de la actividad artística y la sociedad contemporánea, el sistema del arte en la crisis social, la constitución de los ideales estéticos y la actuación del arte sobre la sociedad. Y por eso, tampoco nos extraña que posea una reflexión general teórico-literaria, que llena no pocas páginas iniciales de El escritor en su siglo, para tratar en ellas de la peculiaridad de la obra de arte literaria, de la futilidad de la poesía pura, de realidad e imaginación en el poema, de los materiales de la experiencia personal, de la



La estructura narrativa, 1984.

intención estética, del poema como ámbito cerrado, de la estructura básica de la obra de ficción, de la relación del autor con su obra, de la ficcionalización del autor, del autor y lector en el marco de la obra, del lector ficcionalizado, del contenido intelectual de la obra y de su transustanciación estética, del pensamiento poetizado y de la singularidad absoluta de cada poema, entre otros aspectos *esenciales* del hecho literario considerados desde el marco de su experiencia de creador y lector. Por esta razón, M.ª del Carmen Bobes, amén de reconocer la amplitud del *corpus* de la teoría ayaliana de novela, su modernidad, actualidad y claridad expositiva, se ve impelida a

organizar algunos conceptos sobre el ser, el origen y la finalidad de la novela moderna que están desarrollados en varios ensayos y estudios para situarlos en paralelismo con las técnicas que siguen los relatos de Ayala, y lo haremos desde el esquema teórico más aceptado en la narratología actual. Es decir, emprenderemos la tarea de troquelar en un modelo académico, que cambiará la forma ensayística de Ayala, los conceptos, valores y relaciones que Francisco Ayala ha expuesto y defendido con argumentaciones desde su perspectiva de teórico de la literatura y conocedor de la sociología, y ha llevado a la práctica como creador de relatos literarios (Bobes, 1992: págs. 24-25).

Esta manera de proceder sirve para reconocer el indudable interés que posee la teoría literaria de Ayala, a la vez que para mostrar la falta de ese fundamento disciplinar del que el propio escritor es consciente y, por el contrario, el sustento que halla en su *experiencia* de novelista y lector, lo que le ha llevado incluso a poner en algunos de sus estudios al respecto esta palabra — *Experiencia e invención* (1960), *La estructura narrativa y otras experiencias literarias* (1984)—, tal como subraya con acierto Darío Villanueva (1992: págs. 168).



Experiencia e invención, 1960.

5

A estos estudios teóricos generales que he citado, se pueden añadir no pocos particulares sobre obras y autores en los que no es rara la imbricación de las citadas perspectivas, aunque una u otra, según su propósito y función, resulte respectivamente dominante en el discurso final. Para sostener mi afirmación, pondré solamente dos ejemplos de empleo de las mismas a propósito de una misma obra, el Quijote, por parte de nuestro cervantino escritor. Ejemplo de lectura sociológica de un texto literario es lo que ofrece en su primer artículo sobre el Quijote (Ayala, 1940). Si acudimos a su *Tratado de sociología*, comprende-



La invención del Quijote, 1950.

remos las razones que le llevan a concebir la literatura como una concreción histórica que proporciona un conocimiento de la realidad social y, en particular, de su sistema cultural. Por eso, afirma allí que toda obra literaria se halla de hecho emplazada en la corriente de la historia. De ahí que busque en el Quijote la ocasión de reflexionar sobre el ser histórico de España sin caer en esencialismos, esto es, acudiendo a una explicación sociohistórica de tan compleja y afortunada obra y de su autor en tanto que ser histórico atravesado por las contradicciones de un tiempo en crisis, crisis derivada de una transformación social en todos los órdenes de la vida histórica que afecta al antiguo régimen y a la modernidad burguesa. Si acudimos a su teoría sociológica del arte, comprenderemos por qué, aún reconociendo el alto valor estético de la obra en cuestión, dejará de lado la exclusiva indagación del mismo para centrarse en lo que constituye el sentido originario del Quijote como cifra de una situación histórica que, en tanto que conciencia de un tiempo pasado, alimenta una honda preocupación por el destino y ser histórico de España, entidad histórica que combina fatalmente en su trayectoria fracaso y gloria a un tiempo.

Sin embargo, en su siguiente trabajo cervantino, La invención del Quijote (Ayala, 1950), ensaya nuestro autor una indagación literaria acerca del mito quijotesco que hace de esta obra algo más que una sátira social preguntándose por el valor estético de su dimensión grotesca; analiza lo que supone esta obra como nuevo modo de abordar poéticamente el tema de la existencia humana —la perspectiva del sujeto cambiante y diverso—, lo que hace de la misma la primera novela e incluso paradigma de toda novela; plantea aspectos de su estructura y relaciones interliterarias, especialmente con las Novelas ejemplares; lo que supone, ensayando una explicación histórico-cultural y otras técnico-literarias, la invención de las figuras del Quijote y Sancho, entre otros aspectos.

De todos modos, tanto estas aproximaciones al Quijote como su dedicación al estudio de la sociología a lo largo de la posguerra son consecuencia de la búsqueda de sentido en un momento histórico de crisis. Por eso, entendió la operación del conocimiento ensayada en su Tratado de sociología como una operación del vivir al igual que la materia del conocimiento sociológico es materia de la vida, lo que justifica que construyera su estudio desde una concepción de la sociología como ciencia de la crisis e imbricara razón disciplinar y razón histórica. Y por eso, tal como ha señalado Francisco Linares, Ayala tratara de encontrar sentido con el asidero en el estudio de clásicos como Cervantes, pues

en Cervantes encuentra el modelo de comportamiento literario que él sigue con el reinicio de su labor novelística, y como él escruta el comportamiento de los demás poniendo de relieve el problema existencial (Linares, 2003: pág. 101).

Expuesto queda tanto el fundamento sociológico como el puramente experiencial de sus lecturas e indagaciones literarias, resultando conocido en este último caso el modus operandi de su actividad crítica, actividad de doble cara además, pues la emplea tanto para la creación como para la interpretación y valoración de textos, tal como tuve oportunidad de recoger en mi trabajo citado (Chicharro, 1992: págs. 254-255). De estas perspectivas da buena cuenta su libro El escritor en su siglo —también y hasta esa fecha de 1972, el citado libro Los ensayos. Teoría y crítica literaria—, pues en él incluye tanto estudios literarios de estirpe teórica sobre la estructura narrativa, la presencia y ausencia del autor en la obra, el lenguaje y perspectivas de la novela, etc., como estudios de la dimensión social y política de la literatura, tales como su famoso «Para quién escribimos nosotros», «El fondo sociológico de mis novelas», «Función social de la literatura», «El escritor y la literatura en el siglo XIX», «El escritor en la sociedad de masas», entre otros muchos a los que me referiré posteriormente. En cualquier caso, estos deslindes disciplinares y discursivos no deben hacernos perder de vista la estrecha interacción de las diferentes prácticas discursivas de Ayala y el común sentido de movimiento que las mismas poseen y que, en palabras del escritor subrayadas por Vázquez Medel (1992: pág. 123), podría reducirse al deseo de lograr «una existencia humana provista de sentido y orientada hacia el cumplimiento de valores razonables». Por esta razón, Mainer ha preferido buscar una fórmula léxica que abarcara los múltiples quehaceres de Ayala y que sirviera para expresar su condición de intelectual que ha hecho bandera de su independencia y del empleo de la razón crítica. Esta fórmula no es otra que la de intelectual de conciencia (Mainer, 1992: pág. 41).

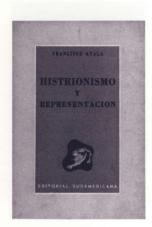


El escritor en su siglo, 1990.

6

Una vez introducidos en ciertos aspectos nucleares relativos a los estudios literarios de Francisco Ayala, en especial en lo que concierne a las bases ya sociológica ya hermenéuticofenomenológica en que éstos se originan y la función que vienen a cumplir, y mostradas las abiertas relaciones que mantienen los mismos con el resto de su producción y proyecto creador —en definitiva, separar para unir—, paso a ocuparme descriptivamente de estos estudios, con objeto de mostrar un mapa verbal de los mismos y suministrar algunas explicaciones relativas a su vida editorial. Todo ello con los límites a que esta publicación obliga.

Pues bien, tras la Guerra Civil y desde los comienzos de su exilio americano, Francisco Ayala, además de reiniciar su actividad específicamente creadora, escribe numerosos ensayos, estudios sociales y políticos, así como el volumen de estudios fundamentalmente litera-



Histrionismo y representación, 1944.

rios titulado *Histrionismo y representación*, de 1944. Reúne Ayala en este libro, junto a su trabajo que le da título, cinco artículos aparecidos entre 1940 y 1943 en *Sur* y en *La Nación* de Buenos Aires. Se trata de trabajos sobre Proust, Rilke, Alfred de Vigny, además de sobre la opinión pública y la eternidad del arte. En 1947, aparecerá el *Tratado de Sociología*, al que vengo haciendo referencia en estas páginas. Como se deduce de lo expuesto, los primeros años de su exilio resultan fecundos para lo que constituye su obra disciplinar y ensayística, con la que se empeña en dilucidar los penosos temas de su momento histórico, lo que también intentará por la vía de la creación literaria con la publicación de una serie de relatos de estos años en *Los usurpadores* y *La cabeza del cordero*, libros que, aparecidos en 1949, cuentan con importantes prólogos autocríticos del autor, las primeras y fundamentales muestras del cultivo de una rigurosa faceta ineludible de sus estudios literarios.

En la siguiente década, van a cobrar protagonismo estos estudios, sobresaliendo la publicación de *La invención del Quijote* en 1950. Más adelante, en 1956, y como consecuencia de sus experiencias americanas, verán la luz sus trabajos sobre la sociedad de masas y la integración social. Se trata de *El escritor en la sociedad de masas*, que tendrá una segunda edición bonaerense en 1958, donde agrupa conocidos artículos dados a la luz entre 1949 y 1956 en *Cuadernos Americanos, La Nación* y *La Torre*, revista esta última fundada y dirigida por nuestro escritor en Puerto Rico, tales como «¿Para quién escribimos nosotros?», «El escritor en lengua española», «Notas sobre la cultura nacional», «Humanidades y humanidad» y «El escritor en la sociedad de masas».

Tras más de veinte años de destierro, Francisco Ayala emprende no sólo su primer viaje de regreso a España tras la Guerra Civil, sino que va publicar casi una decena de libros en editoriales españolas, tanto de creación como de ensayo, interesando destacar en nuestro caso Experiencia e invención (1960), libro que ofrece en sus dos secciones, «El arte de novelar» y «Estudios literarios», numerosos estudios literarios. Así, la primera parte se nutre con su artículo de 1959 «El arte de novelar y el oficio de novelista»; la segunda da entrada a sus estudios sobre Cervantes, la picaresca, Jovellanos y Galdós, previamente dados a la luz en La Nación, Realidad, Cuadernos Americanos, La Torre y Sur, entre otros medios, ahora con el siguiente orden y títulos apenas cambiados: «Un destino y un héroe», «La invención del Quijote», «Experiencia viva y creación poética (Un problema del Quijote)», «El equívoco: realidad e invención», «El nuevo arte de hacer novelas, estudiado en un tema cervantino», «Cervantes, abyecto y ejemplar», «Letras de cambio en el Siglo de Oro», «Formación del género novela picaresca: El Lazarillo», «Observaciones sobre el Buscón», «Sobre el realismo en literatura, con referencia a Galdós» y, finalmente, «Jovellanos, en su centenario».

En 1963, la madrileña editorial Gredos publica Realidad y ensueño, libro en el que se recogen estudios sobre Quevedo, Calderón, Cervantes, Unamuno, Antonio Machado y Borges, publicados con anterioridad en los medios con los que colaboraba habitualmente y que el lector ya conoce, ahora con el siguiente orden y título respectivo: «Sueño y realidad en el barroco. Un soneto de Quevedo», «Porque no sepas que sé», «El túmulo», «El espacio barroco: Cervantes y Quevedo», «Burla, burlando», «El arte de novelar en Unamuno», «El reposo es silencio (Una curiosidad literaria)», «Antonio Machado: el poeta y la patria», «Un poema y la poesía de A. Machado» y «Comentarios textuales a El Aleph, de Borges». Tras estos dos libros, ofrecidos ya a un público español, aparecerá un nuevo e importante texto autocrítico de Ayala: la introducción puesta a su antología de textos de creación que la editorial Gredos diera a la imprenta con el título de Mis mejores páginas (1965) en su colección «Antología Hispánica», introducción que se nutre de su «Carta literaria a Hugo Rodríguez Alcalá» que publicara en abril de 1964 en Papeles de Son Armadans. También editará El curioso impertinente, de Cervantes; y publicará su conocido artículo «El fondo sociológico en mis novelas» en Cuadernos Hispanoamericanos, en su número de diciembre de 1968, que luego recuperará en libro, como es habitual en Francisco Ayala. Seguirán nuevos libros y ediciones como Reflexiones sobre la estructura narrativa (1970), la edición de El vergonzoso en palacio, de Tirso de Molina (1971), El Lazarillo: reexaminado. Nuevo examen de algunos aspectos (1971), entre otras publicaciones sueltas.

En 1972, se publica una suerte de estudios literarios y sociales completos, con el título de Los ensayos. Teoría y crítica literaria, libro al que me referí más arriba. Pues bien, la disposición de los diferentes estudios en él recogidos gira en torno a ocho secciones numeradas que, respectivamente, llevan por título «El escritor y su mundo», «Breve teoría de la traducción», «Reflexiones sobre la estructura narrativa», «El escritor y el cine», «El arte de la novela», «Los clásicos», «Estudios literarios» y «Críticas y autocríticas». Francisco Ayala recoge en la sección primera, «El escritor y su mundo», la parte de estudios fundamentalmente sociales, numerosos textos previamente dados a la luz en sus libros El escritor en la sociedad de masas (1956), Tecnología y libertad (1959), De este mundo y el otro (1963) y España a la fecha (1965). La segunda sección recoge con título idéntico el libro Breve teoría de la traducción, de 1956; la tercera, el libro de igual título Reflexiones sobre la estructura narrativa, de 1970; la cuarta, sus reconocidos y pioneros trabajos sobre el cine que comenzara a publicar ya en 1929 — Indagación del cinema—, si bien ahora incorpora al libro del que nos ocupamos la edición ampliada con el título El cine, arte y espectáculo, de 1949. «El arte de la novela», la sección quinta, da entrada a su artículo de 1959 «El arte de novelar y el oficio de novelista», que a su vez recogiera Experiencia e invención, seguido de «Nueva indagación sobre la nove-



Realidad y ensueño, 1963.





Confrontaciones, 1972.

la» (1967) y «El fondo sociológico de mis novelas» (1968). La sección sexta, «Los clásicos», se ordena a su vez en cinco capítulos respectivamente titulados «Cervantes», «La novela picaresca», «Quevedo», «Tirso de Molina» y «Calderón». Como el lector puede suponer, no son pocos los textos de Experiencia e invención (1960) y Realidad y ensueño (1963) que vuelven a editarse junto a artículos sueltos recuperados para la ocasión y que vieron la luz en Revista Hispánica Moderna, Revista de Occidente, La Torre, entre otras. Me refiero a «Nota sobre la novelística cervantina» (1965) y «Los dos amigos» (1965), en el caso de Cervantes; a «El Guzmán de Alfarache. Consolidación del género picaresco» (1960), en el de la novela picaresca; y a «Para una semblanza de Quevedo» (1967), en el de Quevedo. La sección séptima llamada «Estudios literarios» incluye catorce capítulos titulados «El punto de honor castellano», «Pérez Galdós», «Goethe», «Jovellanos en su centenario», «Un novelista impar», «El arte de novelar en Unamuno», «Antonio Machado», «Comentarios textuales a El Aleph, de Borges», «La excentricidad hispana», «Divagación sobre palabras», «El reposo es silencio (Una curiosidad literaria)», «La Filosofia del lenguaje de Vossler», «Tríptico: Vigny, Proust, Rilke» y «La creación de tres mundos (Thomas Mann, Mallea, Santayana)». Sus libros De este mundo y el otro, Experiencia e invención, Realidad y ensueño e Histrionismo y representación vuelven a suministrar no pocos textos de los aquí editados, a los que se ha de sumar la recuperación ahora de artículos de los años cuarenta aparecidos en La Nación. Y, por último, la sección de «Críticas y autocríticas» incluye «El 'Sarmiento' de Martínez Estrada», «Sobre lo temporal y lo eterno», «Mascarada española (Moravia)», «Hombres y no hombres (Vittorini)», «La idea de Cristo», «Tres postales puertorriqueñas», «De la eternidad del arte o El hombre de mundo» y «Nota sobre José Bergamín».

Ese mismo año de 1972, la editorial Seix-Barral de Barcelona publica Confrontaciones, libro de gran interés para el conocimiento de nuestro escritor y su obra —además de sus posteriores memorias Recuerdos y olvidos, claro está, según estudió José Romera (1992)— a través de entrevistas, autocríticas y otros artículos de Francisco Ayala y que se articula en dos partes, «Primera parte: De persona a persona», donde se recogen nueve entrevistas, y «Segunda parte: El escritor frente a la literatura», que se organiza en «I. Autorreflexiones», «II. Dadas las circunstancias», «III. Opiniones personales» y «IV. Valoraciones críticas». Las autorreflexiones agrupan introducciones, prólogos a sus libros, una conocida carta literaria y el artículo «El fondo sociológico en mis novelas». En el capítulo «Dadas las circunstancias», Ayala recoge algunos de sus estudios literarios y sociales como «¿Para quién escribimos nosotros?», «El escritor de lengua española», «Función social de la literatura», «La emigración española ante sí misma», entre otros. En «Opiniones ocasionales», se reproducen tres encuestas y «Presentación de Borges»; y, en el capítulo dedicado a «Valoraciones críticas», se

recogen textos críticos sobre Mann, Valentin, Santayana, Mallea, Martínez Estrada, Almeida, Hemingway, Moravia, Vittorini, Laforet y Torres Bidet, entre otros.

Desde los años setenta y hasta hoy, no pocos de sus conocidos trabajos serán reeditados y aun otros nuevos serán dados a conocer. Me refiero a libros como Cervantes y Quevedo (1974), La novela: Galdós y Unamuno (1974), El escritor y su imagen (1975), El escritor y el cine (1975 y 1988 y 1996 en edición ampliada), Galdós en su tiempo (1978), La estructura narrativa y otras experiencias literarias (1984), La retórica del periodismo y otras retóricas (1985). Así, hasta llegar a los dos títulos con cuyo breve comentario iniciaba mi trabajo, Las plumas del fénix. Estudios de literatura española, de 1989, y El escritor en su siglo, de 1990, las dos sumas de sus estudios literarios y sociales de nuestro interés, a las que hay que añadir El tiempo y yo, o El mundo a la espalda (1992), cuyos textos resultan esclarecedores, como decía, para comprender su posición acerca de las relaciones entre la experiencia vivida y la invención literaria.

Pues bien, Las plumas del fénix. Estudios de literatura española recoge sus estudios sobre «El Lazarillo y la novela picaresca», «Cervantes», «Quevedo», «Tirso de Molina», «Calderón», «Galdós», «Unamuno», «Azorín», «Valle-Inclán», «Antonio Machado», «Ortega y Gasset», «Ramón Pérez de Ayala», «Azaña», «García Lorca», «Pedro Salinas», «José Bergamín», «Jorge Luis Borges» y «Carpentier». Más de cuarenta trabajos en total, de los que algunos se recogen en libro por primera vez.

Por lo que a *El escritor en su siglo* respecta, Ayala ofrece en sus seis secciones, a las que hay que añadir un prólogo —«Un escritor se asoma al final de siglo»— y un epílogo —«Postrimerías de la historia»—, sus conocidos estudios agrupados en las secciones «De teoría literaria», «Sobre la novela», «Literatura y política», «Literatura y sociedad», «Literatura y televisión» y «Teatro y cine». Treinta y tres trabajos de gran angular sobre la estructura narrativa, presencia y ausencia del autor en la obra, teoría de la traducción, lectura de la novela, su lenguaje y perspectivas, biografía y novela, etc.; además de sus estudios «¿Para quién escribimos nosotros?», «La cuestionable literatura del exilio», «El escritor de lengua española», «El fondo sociológico de mis novelas», la famosa carta literaria a Rodríguez Alcalá, su artículo sobre la función social de la literatura, entre otros, que agrupa en la tercera sección. En «Literatura y sociedad» reúne, entre otros, los trabajos sobre el escritor y la literatura en el siglo XIX, el escritor en la sociedad de masas y «Libertad y tecnología». Las dos últimas secciones recogen sus trabajos sobre los medios audiovisuales y el cine en los que no resulta ajena la literatura y particularmente la novela.

A estos libros seguirán otros como los titulados *Contra el poder y otros ensayos* (1992) y *En qué mundo vivimos* (1996), en los que recogerá artículos ya más próximos y breves sobre varia-



Contra el poder y otros ensayos, 1992.

dos asuntos, no siendo ajena en ellos su larga preocupación por la literatura, por la lectura y el libro, por la crítica y algunos selectos críticos y teóricos de la literatura, los premios literarios, la literatura y el periodismo, algunas novelas y novelistas, entre otras cuestiones que son fruto de su deseo de saber y hacer saber al lector, de intervenir responsablemente en su medio social inmediato, mostrando las plumas arrancadas al ave fénix de las obras literarias, plumas que en su caso son palabras.

BIBLIOGRAFÍA

- AMORÓS, Andrés (1973), *Bibliografía de Francisco Ayala*, Madrid, Centro de Estudios Hispánicos-Syracuse University, NY.
- AYALA, Francisco (1929), Indagación del cinema, Madrid, Mundo Latino.
- (1940), «Notas sobre un destino y un héroe» en La Nación, Buenos Aires.
- (1944), Histrionismo y representación, Buenos Aires, Sudamericana.
- (1984), Tratado de sociología, Buenos Aires, Losada, 1947; Madrid, Aguilar, 1959, 1961², 1968³; Madrid, Espasa Calpe.
- (1950), La invención del Quijote, Puerto Rico, Universitaria
- (1956), El escritor en la sociedad de masas, México, Obregón.
- (1959), Tecnología y libertad, Madrid, Taurus.
- (1960), Experiencia e invención, Madrid, Taurus.
- (1963), Realidad y ensueño, Madrid, Gredos.
- (1963), De este mundo y el otro, Barcelona / Buenos Aires, Edhasa.
- (1965), Mis mejores páginas, Madrid, Gredos.
- (1956), España a la fecha, Buenos Aires, Sur.
- (1965), Problemas de la traducción, Madrid, Taurus.
- (1968), «El fondo sociológico en mis novelas» en Cuadernos Hispanoamericanos, 228, págs. 537-547.
- (1969), Obras narrativas completas, México, Aguilar.
- (1970), Reflexiones sobre la estructura narrativa, Madrid, Taurus.
- (1971), El Lazarillo: reexaminado. Nuevo examen de algunos aspectos, Madrid, Taurus.
- (1972), Los ensayos. Teoría y crítica literaria, pról. De H. Carpintero, Madrid, Aguilar.
- (1972), Confrontaciones, Barcelona, Seix-Barral.
- (1974), Cervantes y Quevedo, Barcelona, Seix-Barral.
- (1974), La novela: Galdós y Unamuno, Barcelona, Seix-Barral.
- (1975), El escritor y su imagen, Madrid, Guadarrama.
- (1975), *El escritor y el cine*, Madrid, Ediciones del Centro, Madrid, Aguilar, 1988 (ed. ampliada); Madrid, Cátedra, 1996.
- (1976), «La disputa de las escuelas críticas», en *The Analysis of Hispanic Texts: Current Trends in Methodology*, FirstYork College Colloquium, editora: Mary Ann Beck, Nueva York, Bilingual Press / Editorial Bilingüe, págs. 1-5; *El jardín de las delicias / El tiempo y yo*, Madrid, Espasa Calpe, 1978, págs. 230-235, Selecciones Austral; y Madrid, Espasa Calpe, 1991, págs. 295-302, Acanto.
- (1978), Galdós en su tiempo, Santander, UIMP, 1978.
- (1983), «Lectura ingenua y disección crítica del texto literario: la novela» en *Boletín Informativo de la Funda*ción Juan March, núm. 123, págs. 3-20; en *El escritor en su siglo*, págs. 113-132.
- (1984), La estructura narrativa y otras experiencias literarias, Barcelona, Crítica.
- (1985), La retórica del periodismo y otras retóricas, Madrid, Espasa-Calpe.
- (1987), «Los recuerdos y los olvidos» en *El País*, 4 de noviembre; en *El tiempo y yo o El mundo a la espalda*, págs. 142-145.
- «Crítica literaria y promoción», en El tiempo y yo o El mundo a la espalda, págs. 120-123.

- (1989), Las plumas del fénix. Estudios de literatura española, Madrid, Alianza.
- (1990), El escritor en su siglo, Madrid, Alianza.
- (1992), El tiempo y yo, o El mundo a la espalda, Madrid, Alianza.
- (1992), Contra el poder y otros ensayos, Madrid, Universidad de Alcalá de Henares / Comisión V Centenario.
- (1996), En qué mundo vivimos, Madrid, El País / Aguilar.
- Las vueltas del mundo, edición e introducción de Antonio Chicharro (en prensa).
- BOBES NAVES, M.ª del Carmen (1991), «Teorías sobre la novela en Francisco Ayala», en Antonio Sánchez Trigueros y Antonio Chicharro Chamorro, editores., Francisco Ayala, teórico y crítico literario. Actas del Simposio celebrado en Granada, noviembre, 1991, págs. 23-38.
- CARPINTERO, Helio (1972), «Prólogo», a Francisco Ayala, Los ensayos. Teoría y crítica literaria.
- CHICHARRO CHAMORRO, Antonio (1992), «Francisco Ayala, crítico y crítico de la crítica», en Antonio Sánchez Trigueros y Antonio Chicharro Chamorro, eds., Francisco Ayala, teórico y crítico literario. Actas del Simposio celebrado en Granada, noviembre, 1991, págs. 253-264.
- IRIZARRY, Estelle (1971), Teoría y creación literaria en Francisco Ayala. Cinco aspectos de su novelística, Madrid, Gredos.
- LÁZARO CARRETER, Fernando (1990), «Con Francisco Ayala, tras el fénix» en Saber leer, 38, octubre, págs. 6-7.
- LINARES, Francisco (2003), «Ética y poética en el pensamiento literario de Francisco Ayala», en Juan Wilhemi, ed., Ética y literatura en el pensamiento hispánico, Lund, Universidad de Lund-Heterogénesis, págs. 91-106.
- (2004), «La crítica literaria de Francisco Ayala (Diálogo con el tiempo)», en Manuel Ángel Vázquez Medel y Antonio Sánchez Trigueros, eds., *El tiempo y yo. Encuentro con Francisco Ayala y su obra*, Sevilla, Alfar, págs. 93-106.
- MAINER, José-Carlos (1992), «Una reflexión sobre los poderes del intelectual», Antonio Sánchez Trigueros y Antonio Chicharro Chamorro, eds., Francisco Ayala, teórico y crítico literario. Actas del Simposio celebrado en Granada, noviembre, 1991, págs. 41-47.
- MURCIA SERRANO, Isabel (2004), «La influencia de Schopenhauer en Francisco Ayala: A propósito de «Glorioso triunfo del príncipe Arjuna»», en Manuel Ángel Vázquez Medel y Antonio Sánchez Trigueros, eds., *El tiempo y yo. Encuentro con Francisco Ayala y su obra*, Sevilla, Alfar, págs. 159-171.
- RICHMOND, Carolyn (1995), «Un espejo trizado: la fragmentada unidad de la obra ayaliana», en Manuel Ángel Vázquez Medel, ed., *El universo plural de Francisco Ayala*, Sevilla, Alfar, págs.23-30.
- ROMERA CASTILLO, José (1996), «La memoria (auto)crítica del escritor incipiente Francisco Ayala», en Antonio Sánchez Trigueros y Antonio Chicharro Chamorro, eds., Francisco Ayala, teórico y crítico literario. Actas del Simposio celebrado en Granada, noviembre, 1991, págs. 67-82.
- SÁNCHEZ TRIGUEROS, Antonio y CHICHARRO CHAMORRO, Antonio (editores) (1992), Francisco Ayala, teórico y crítico literario. Actas del Simposio celebrado en Granada, noviembre, 1991, Granada, Diputación Provincial.
- SENABRE, Ricardo (1992), «Teoría y práctica de la novela en Francisco Ayala», en Antonio Sánchez Trigueros y Antonio Chicharro Chamorro, editores., Francisco Ayala, teórico y crítico literario. Actas del Simposio celebrado en Granada, noviembre, 1991, págs. 391-403.
- VAZQUEZ MEDEL, Manuel Ángel (1992), «Francisco Ayala: Teoría literaria vs. teoría de la comunicación», en Antonio Sánchez Trigueros y Antonio Chicharro Chamorro, editores, Francisco Ayala, teórico y crítico literario. Actas del Simposio celebrado en Granada, noviembre, 1991, págs. 109-124.

- (1995), «Francisco Ayala y la comunicación social», en Manuel Ángel Vázquez Medel, editor, *El universo plural de Francisco Ayala*, Sevilla, Alfar, págs. 69-84.
- (1998), «Glorioso triunfo del príncipe Arjuna: Síntesis de la cosmovisión ayaliana», en Manuel Ángel Vázquez Medel, editor, Francisco Ayala: El escritor en su siglo, Sevilla, Alfar, págs.163-178.
- VILLANUEVA, Darío (1992), «La fenomenología literaria de Francisco Ayala», en Antonio Sánchez Trigueros y Antonio Chicharro Chamorro, editores., Francisco Ayala, teórico y crítico literario. Actas del Simposio celebrado en Granada, noviembre, 1991, págs.167-177.
- VIÑAS PIQUER, David (2003), Hermenéutica de la novela en la teoría literaria de Francisco Ayala, Sevilla, Fundación Francisco Ayala, Alfar.